

## **La vida está en otra parte, ¿y la muerte? Modernidad y posmodernidad.**

### **Un repaso sucinto.**

José David Lara González\*

Departamento Universitario para el Desarrollo Sustentable

Instituto de Ciencias

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

México

La razón fincó su emporio y movilizó al mundo. Se apostó a ganar y se apostó a ganador. El ser humano caminaba hacia su liberación absoluta y hacia el dominio no sólo del resto del mundo natural sino de su destino y de sí mismo. Se fraguaron los “grandes relatos” que operaron de algún modo. La modernidad impactó.

Más tarde o más temprano devino la posmodernidad y las cosas cambiaron, el ser humano cambió. La razón perdió fuerza y no logra ser ahora su propia razón. La razón no bastó y no basta. Hay algo más que no se deja contemplar y menos manejar ni dominar por la razón. La razón tiene sus cotos de poder pero, al menos parece, que no lo puede todo. No todo es explicable ni todo es entendible, menos es dominable.

La muerte está ahí y siempre ha estado ahí, cuando menos desde que la vida se dio. La razón se topa con sus propias limitantes. Ni tan sólo sabemos bien a bien lo que la vida es, menos sabemos lo que la muerte es. No sabemos lo que es la vida ni tampoco sabemos lo que es la muerte pero les damos significados y las representamos. Las hacemos jugar distintos roles en nuestro pequeño y enrarecido mundo.

La filosofía es el amor al saber pero necesitamos también una filovida, es decir un amor a la vida que muy bien podemos acompañar de una buena filosofía de la vida. El amor por la vida es una necesidad toda vez que si hemos de luchar por algo, por lo que sea, cualquier cosa, ello en el fondo implica una anexión a la vida. La vida está en todo lo que

hacemos o queremos, en todo lo que imaginamos y anhelamos. No hay modo de sentir, pensar, saber que no incluya a la vida. Todavía la misma muerte implica una correlación con la vida. Aunque renunciemos a la vida y generemos muerte simplemente por contraposición y complementariedad biunívoca estamos conectando a la vida.

La posmodernidad es una suerte de descontextualización de las realidades. En la posmodernidad, puesto que la razón ya no es el imperio, se explicitan las debilidades y limitaciones de lo humano para copar, copiar, entender, reproducir la existencia. Las ideas se tuercen, los tiempos se licuan, Dios pierde centralidad y definición. Los límites de mueven y se esfuminan. Las sendas se parten y se pierden. El ser humano se desestabiliza y empequeñece. La velocidad se acelera. El ecosistema total planeta Tierra se estremece y se augura su posible finiquito. La vida en el planeta se ve amenazada agudamente. La especie humana cae bajo un nivel de riesgo considerable. La civilización se sostiene pero la civilidad mengua día a día. La aldea global crece y se reproduce pero sin definición ni rumbo fijo. El desarrollo no es humano sino de las materialidades. El progreso, siendo hijo de la razón modernista, se ha alejado más y se ha imposibilitado más. La posmodernidad nos tiene atónitamente exhaustos.

La vida sigue, continúa y se da. La vida es necia y se niega a desaparecer. Las especies no humanas se niegan también a perderse pese a los fuertes golpes impuestos por el desarrollo-progreso modernizante y a los cambios que la naturaleza propia del globo terrestre y el entorno sideral imponen. Sin embargo, aunque la vida sigue, continúa y se da, la vida no es como antes. Sigue pero de una manera mecánica e inconsciente, sigue pero por sus propios medios y también en contra de ciertos intereses de ciertos grupos rayanos en lo fascista. La vida ya no es una promesa de vivir y menos de vivir bien. Los niveles de vida de los amplios conglomerados humanos han descendido. La calidad de la vida ha empeorado para la gran mayoría de la población mundial. No se puede hablar de una vida de calidad para las grandes poblaciones, al contrario. La vida es pobre y hasta llega a los niveles de lo miserable. La mitad de la población humana batalla diariamente para sostenerse y no se puede decir que tengan una vida, es más adecuado señalar que se encuentra en niveles depauperados que apenas permiten su sobrevivencia y, en muchas

ocasiones ni eso, es decir, terminan muriendo en malas condiciones, penosas, vergonzantes, infrahumanas, inhumanas, después de haber tenido vidas del mismo cuño.

Si bien las condiciones generales de vida de grandes bloques humanos son de ésta índole, en cuanto a las que rigen sobre el resto de especies no son mejores. De ahí la extinción de plantas, animales y demás organismos. De ahí la consideración utilitarista antropocéntrica de observar y determinar al resto de las especies no como integrantes del ecosistema global planetario, sino como recursos (más o menos naturales). Vistos como recursos, desde la articulación rectora del economicismo imperante desde hace mucho tiempo, las demás especies y los otros elementos y factores del medio, natural, semiartificial y artificial quedan impedidos de su propia evolución.

La mano del ser humano por medio de la ciencia, la tecnología y las filosofías, las políticas y saberes que antropocéntricamente suponen la libertad de disponer de todo y del todo para la creación y recreación de sus empeños hegemónicos de dominio, sintiendo que la inteligencia propia de nuestra especie y sus diferencias que le otorgan el supuesto predominio sobre el medio, son precisamente las bases de un derecho tanto natural como divino de apropiación de lo existente (y hasta de lo inexistente), ha avasallado al gran grupo telúrico incluyendo al mismo ser humano.

Directa e indirectamente se extinguen especies y se deterioran los ecosistemas, tanto los más o menos naturales como los definitivamente más artificiales. Los elementos de los ecosistemas se deterioran a pasos acelerados. Se pretende tomar la rienda de la evolución y se otorga un auto derecho de suponerse divinidad y ser capaces de decidir que especies y elementos del planeta son “dignos” de conservarse y cuáles no lo son. Así se combaten y exterminan plantas, animales y otros organismos por indeseables. A cambio, se manipula genéticamente y se ofrecen condiciones a modo para que las especies “útiles” y otros elementos del medio, también “útiles”, prosperen y dominen a las cosas y seres menos “útiles” o “inútiles”, como si la existencia de tales entes sólo estuviera determinada por su utilidad, criterio escaso y limitado que supone la infalibilidad de la inteligencia humana para discernir entre lo uno y lo otro, cuando ni tan sólo somos capaces de definir lo que la vida es ni lo que un ser vivo es. Además, la utilidad es un racero sumamente sesgado y

sesgante que proviene de las mentes economicistas que lo tasan todo y que imponen las leyes de la economía y del mercado sobre cualquier otro tipo de ley, inclusive, las naturales.

La economía no como ciencia, sino como una práctica del quehacer humano se basa en una serie de creencias a veces demostrables y otras tantas no tanto y, en muchas situaciones ofrece una vertiente opuesta y falsa de las realidades y de la naturaleza del hacer y del medio. La economía falacista se antepone a la simple (simple es una forma de hablar) ecología y sus leyes. Se antepone y opone a la propia ciencia termodinámica suponiendo “recursos” y “energías” ilimitadas y además desconoce o minimiza el papel de la reposición, es decir, no solamente se da a la “alegre” labor de la producción, el consumo y el desarrollo sino que no se interesa por devolver al medio lo que de él toma y ha tomado por siglos, y sin esperar los tiempos deseables para que la autopoiesis de los ecosistemas afectados reponga satisfactoriamente una condición o estado mejores. El sistema así operado es contranatura y es insostenible.

Cuando el futuro nos alcance no es sólo una obra de imaginería futurista. El futuro nos está alcanzando antes de lo esperado y no hay señales claras y sólidas de que habrá una salida buena del laberinto en el que nosotros mismos nos hemos metido o en el que hemos dejado que los modelos existenciales nos metan. No estamos ubicándonos en una visión catastrofista desesperanzadora de nuestra situación actual y futura, sino que estamos asumiendo cierto nivel de conciencia que todavía lucha por no dejar que las cosas sigan un derrotero único que de lleno viene indicando el vencimiento del modelo existencial modernista, que hoy ha dado pie a la actual posmodernidad, el reino del no concepto, el no lugar del no lugar, la utopía de la utopía, la sinrazón de la cerrazón y la cerrazón de la sinrazón.

Puestos a la ganancia máxima y rauda en el antropocentrismo del individualismo narcisista de los diseñadores y sustentadores del sistema imperante, a muchos organismos solamente se les destina a ser materias primas. No se los observa como seres vivos y no se interesa para nada en la vida de tales seres. No son seres sino cosas y entonces ya no viven y crecen sino que se los fabrica. Las granjas y otros espacios de producción son fábricas de cosas para el consumo. Las aves no son más pollos o pavos u otros, son exclusivamente

fuelle de ganancias y fuente de alimentos o nutrientes. Las plantas ya no son cultivadas con parsimonia. El cultivo que significaba una forma de intercambio, cultura y hasta comunicación con el medio un tanto más natural o natural, se vio transformado a una mecanización tipo industrial, se automatiza y se fabrican las plantas bajo sistemas electrónicos computarizados. La relación entre el producto y el productor se marchitó a cambio de la optimización de la ganancia, la plusvalía ante todo. La cría de ganado (el mismo término ganado, es una manifestación de la visión fundada en lo económico) que llegaba a ser una forma de vida y una que hacía a los animales formar parte de una familia (retóricamente, la familia humana), ha pasado casi a la historia. Hoy los grandes fabricantes de animales tienen una relación con su “producto” similar a la que tiene el técnico correspondiente con su producto en la fábrica de armas.

Puede suponerse que las plantas no sufren al ser sometidas a los nuevos procesos productivos dados por el productivismo y la competitividad puesto que no tenemos una manera tan cierta de saberlo, pero en cambio, es conocido el estrés tremendo al que los animales son sometidos bajo tales procesos de producción. Al sistema no le interesa si los animales sufren, los asimila a cosas y como cosas dispone de ellos. Los crece al grado que desea y los ejecuta llegado el momento de que el “producto” tiene que ser insertado en el mercado. Nadie se molesta por la vida de estos seres ni tampoco por las condiciones en que el “producto” se genera. Son materia prima y si un grano de sal no siente nada al ser producido y comercializado, así un pavo no sentirá nada durante la “vida” que lleve y tampoco importa de qué manera muera para que lo podamos disfrutar en una hermosa y muy humana cena navideña donde lo que se desborda es el amor por todas partes y en todas sus presentaciones y manifestaciones.

No estamos ubicados en el vegetarianismo o en el animismo ni tan sólo en el ecologismo o el ambientalismo clásico, sino en la resíntesis de lo que la vida y la muerte son en este momento posmoderno.

Camus en el Mito de Sísifo considera a la muerte como un problema. Nosotros consideramos que la muerte no es un problema sino que el problema alrededor de la muerte es su problematización. Si se nos acepta que estamos en un mundo natural y en un universo

natural así como en una realidad natural, entonces la muerte es otro componente de este sistema natural total y la misma muerte es natural, pertenece a la naturaleza.

La problematización de la muerte es necesaria. En lo cotidiano se asume como parte del pensamiento o conocimiento común, que la vida es un problema. Para nosotros, el planteamiento es distinto. La vida no es un problema sino un circunstancial hecho evolutivo sometido a los devenires del azar. Y, al igual que con la muerte, consideramos que el problema con la vida no es la vida misma sino su problematización. El problema es problematizar adecuadamente a la vida. Asimismo, solicitamos se nos acepte la aseveración de que la vida es natural, que ha sido natural y que ahora, sólo hasta ahora, el ser humano está siendo capaz de generar vida aunque todavía se raya en la creación de vida en formas cercanas a la del doctor Frankenstein o a la del Golem de las leyendas y ficciones anteriores: no resultan tan gratuitas y torpes las observaciones populares de los seres transgénicos creados en los últimos tiempos al calificarlos de alimentos o seres frankenstein.

El sistema dominante impuesto aplica una doble moral. Por un lado le diagnostica como toda finalidad a las grandes mayorías humanas y al resto de las especies la muerte, pero por otra parte, para sí mismo y para el núcleo del poder y los poderosos busca la perpetuidad y de ser posible la existencia inmortal, que mejor vista, también sería una existencia inmoral.

Aquí recalamos un poco en la moral y la ética. La vida y la muerte aparte de ser fenómenos naturales, también lo son socioculturales. Dentro de una historicidad de la sociocultura la vida y la muerte poseen sus simbolismos, sus significaciones y sus representaciones. La ética y la moral son constructos humanos aunque no deja de haber quienes argumentan sobre una moral natural y tal vez también sobre una ética de suyo natural.

Aunque la ética y la moral tienen diferentes vértices, tendencias y aplicaciones creemos que no hay arista más importante de ambas que la que las vincula diametralmente a la vida. Pensamos que la mayor validez de lo ético-moral está en la defensa de la vida.

Sólo una ética-moral malsana, enferma podría estar encaminada a terminar la vida, a producir la muerte. Por lo tanto, cualquier ética-moral tratará de cómo proseguir con la vida de algo, de alguien o de algunos. La moral es lo practicado y la ética la reflexión de ello, simplificando sobremanera para no entrar en mayores complicaciones.

Tenemos que aceptar la existencia de seres humanos amorales, pero la gran mayoría de los humanos somos seres morales, o sea, tenemos una moral pese a que pueda ser una moral pervertida y pervertidora, como la moral nazi. O una moral relajada y nada clara como la que en general viene dándose en la posmodernidad. La ética es más cara a las sociedades y a los individuos, que preferimos denominar mejor como sujetos puesto que estamos sujetos a toda suerte de impelentes y circunstancias, y como en el caso de la vida, tampoco hemos sido capaces de definir, con toda nuestra ciencia y demás saberes, qué es el individuo, en cambio, parecería más manejable el asumirnos como sujetos. La moral es un conjunto y a veces un sistema de normativas, en ocasiones escritas y en ocasiones no, que circulan más o menos libremente, cuando menos dentro del grupo correspondiente y que se encuentran bajo modificaciones constantes, en algunos momentos con argumentaciones suficientes y en otros no. La ética definitivamente es un sistema y como tal posee una estructura y otras cualidades que la distinguen de la moral. Es un sistema más o menos estructurado de normativas en constante movimiento y adecuación aunque a tasas más calmas que la moral y bajo argumentaciones más sólidas, menos contingentes que en lo moral. La moral casi va al paralelo de la acción vital, la ética históricamente ha ido detrás de la acción humana. (La moral nazi llegó a conformar una ética nazi. Nefasta, por demás.).

Tanto ética como moral en el sentido más extendido y sano son regularidades socioculturales que orientan y en casos, rigen los actos y actitudes, los pensamientos, sentimientos, ideas y deseos del ser humano. Sean universales o no, y sean universalizables o no, sean particulares o más amplias, ética y moral vienen a constituir una especie de formato, más o menos visible o invisible, sobre el cual se escribe la historia y las historias, humanas ambas. Se podría considerar que son el papel sobre el que todos escribimos, seamos alfabetos o analfabetos. Entonces, poco o muy poco del quehacer humano y su subjetividad quedaría fuera de los entornos, que dependiendo de la situación, pueden ser

más bien contornos de lo ético-moral, sin negar que hay elementos morales que no llegan a ser éticos, no alcanzan la madurez ni el peso necesarios para llegar a constituirse en elementos éticos.

La vida discurre en el entorno natural sin necesidad de lo ético-moral, pero la sociabilidad del hombre le hace sujeto de ello. Para las grandes mayorías humanas este marco referencial que es lo ético-moral es una necesidad. El hombre no existe aislado, somos entes sociales y sociables y crecemos y nos desarrollamos biológicamente en sociedad, sin negar que unos cuantos humanos pueden existir por sí mismos y por sí solos, pero serían las excepciones a la regla, no la regla.

Una planta, una flor, una bacteria, un sapo, un colibrí, etc. no requieren de la ética-moral para existir ni para ser lo que son. El ser humano dada su diferenciación, vista en lo positivo, del resto de las especies, tan sólo para su sobrevivencia ha necesitado de reglas. Aún las comunidades humanas más primitivas generaron y transmitieron ciertas normas para la sola conservación de ellos mismos. El instinto innato de conservación maduró y dio marcha al proceso de pensamiento que terminó dando origen a la normatividad más primigenia, así aquellos pequeños grupos multiplicaron sus posibilidades de sobrevivencia, lo contingente y la sordidez del medio se hicieron más manejables y la cultura pudo arrancar en nuestros antepasados.

La vida y la muerte van más allá de la percepción biológica sobre las mismas. No podemos reducirnos al mero papel funcional de la vida y muerte en un enfoque organicista. Tampoco vamos a pactar sobre el animismo velado o declarado que habla por ejemplo, de la vida, muerte y nacencia de las estrellas, puesto que esto más bien obedece a fines prácticos de términos tomados de un área de conocimiento trasplantados a otra u otras, ya que no aceptamos que una estrella esté “viva” y pueda “morir” siendo tan sólo una masa de gases incandescente (o algo así), la vida es mucho más que eso y lo no vivo no puede morir. En el proceso natural evolutivo la vida depende de la muerte y viceversa y la más sencilla célula es una organización de materia-energía-tiempo-espacio más compleja y complicada que toda una estrella del cosmos; he aquí parte de la grandeza de la vida y su alto valor.

Aunque la muerte puede verse como un problema y suele hacerse esto, mejor nos interesa asumirla como un asunto, un tema mayor de importancia capital. Por eso la presentamos con un paso delante de lo orgánico, de lo biológico y lo llevamos a una esfera de lo psicológico, lo sociológico y cultural, lo filosófico, lo ecológico y lo ambiental, donde intervienen la conciencia, el espíritu y otras implicaciones subjetivas, además. Así, el hombre se hace o se puede hacer libre a partir del momento en que descubre su propia mortalidad, se da cuenta de ella y toma la nota suficiente para actuar en consecuencia. Se muere después de una cierta vida pero el ser humano ético-moral consciente no se apremia a desistir de la vida tampoco lo hace de la muerte y la acepta con tono de lucidez.

No determinamos a la muerte como el fin absoluto, el momento último ya que entendemos esto más bien como un gran ciclo en el que la vida se acomoda y se da por la misma muerte; la muerte es vida y dadora de vida, lo vemos a diario en los sistemas más simples así como en los más desenvueltos y vastos. La muerte nutre a los sistemas vivos y la vida se da una y otra vez en un ciclo que hasta el presente no se ha detenido pero, que al parecer, puede suceder de mantener los ritmos actuales de la existencia humana caracterizados por la inconsciencia y la irresponsabilidad.

Tampoco abogamos por aquellas ideas que quieren hacer creer que hay “otra vida”, otra posibilidad de vida que ya no sería una natural sino mágica o algo así. Esas ideas y creencias de “vida después de la vida”, de “vida en el más allá”, de “vida eterna en el absoluto o éter”, de “vida como espíritu, alma, fantasma”, así como tampoco empatamos con las persuasiones de la reencarnación y otras creencias semejantes. No nos entendemos con las suposiciones de la inmortalidad ni de la eternidad para el ser humano. Éstas materias, inmortalidad y eternidad ni tan siquiera son conceptos definidos ya sea por la ciencia o la filosofía, lo que dice, al menos para nuestro entendimiento, que tales términos no están definidos, no se han entendido bien y no hay manera de demostrarlos: jamás se ha conocido un ser natural inmortal y, la eternidad es una referencia del tiempo, pero si no podemos entender lo que el tiempo es y no podemos definirlo ni comprenderlo, menos podemos saber si alguna vez terminará y entonces lo eterno persiste sin existir.

La vida nos parece propia pero la muerte parece ajena. Queremos vida pero una vida sin muerte pues la vida nos hace sentir que existimos y somos y la muerte se vuelve nuestra negación, pero una negación alta, absoluta y quedaríamos en el absoluto que se interpreta también como éter. Siendo que el éter es algo indefinido, desconocido, inefable que mueve a temor y tensión, generalmente se huye de él y no se quiere renunciar a la vida aunque sea una de mala calidad, de bajo nivel y pobre perfil. Lo que cuenta es estar vivo pues la muerte acecha a cada paso y se puede encontrar en cualquier momento y lugar. Nadie tiene la vida asegurada y la muerte se toma como la cancelación de toda posibilidad de obtener algo. Es el fracaso máximo, el fracaso llevado al colmo. Morir es desaparecer y quedar sometido a la memoria de los demás siendo que el muerto ya nada puede hacer para cambiar las cosas e impactar a los demás para que el olvido no lo borre de ellos. Pero cada día la memoria es más cara y ante lo duro y rudo de la existencia cotidiana de las grandes mayorías humanas, es difícil dar más espacio-tiempo a los que se han ido y el olvido va siendo el destino más común para los derrotados de la vida, que ahora son muertos y por lo tanto adquieren las características de lo ajeno y de lo indeseable. Posmodernidad, al fin.

Al ser desconocida la muerte y al ser centro de tantos temores y cuestionamientos inquietantes, la muerte toma las veces del mayor absurdo, del absurdo total. Pese a su carácter de absurdidad la muerte tiene también un referente de tiempo. La vida es y ha sido pero no se sabe si será. Aun así, sin conocer si habrá vida después, incluso apenas dentro de un rato más, el componente de tiempo de lo mortal juega su rol. Cuando la vida es, es el tiempo presente, cuando la vida ha sido es el pasado, cuando la vida sea, es el tiempo futuro. Como el pasado ya pasó y el futuro puede existir o no, al hombre común del posmodernismo sólo le queda el presente. Vive el ahorismo, el tiempo puntillista hecho de puros comienzos, un presente detrás de otro presente, un tiempo de vida que no tiene que ser continuo, que en muchos casos es más bien discontinuo: la vida no es como antes y se ha estado construyendo por tramos, por pedazos, como integrando más o menos un rompecabezas, o resolviendo un crucigrama donde podemos saber muy bien cuál es la pieza, letra o palabra por insertar en determinado sitio, o podemos por suerte pura adivinar la respuesta o de plano no la sabemos, pero el rompecabezas o crucigrama tiene que contestarse y la vida se vuelve un juego, uno de “toma y daca” y se debe jugar o se queda

uno fuera del juego, pero aquí, quedar fuera significa, perder la vida. La única forma de no jugar el “juego de la vida” es renunciando a la vida misma, darle el lugar a la muerte, dejándose matar, dejándose morir o suicidándose directamente. Algunos lo hacen, la mayoría no. Algunos se matan renunciando a la vida y decantando su existencia pero los demás, lejos de comprender tal acción, los toma por débiles, locos, enfermos y perdedores. La sociedad, en tales situaciones, prontamente acude a tender un velo que facilite el olvido para que los demás prosigan sus vidas, ya sea que quieran hacerlo o no, ya sea que sepan para qué viven o ni tan sólo se lo pregunten. Hay preguntas que se rehúyen pues da miedo hacerlas y más miedo, hasta pavor, obtener respuesta, la cual puede ser avasallante, desgarradora, como si se nos diagnosticara un mal cáncer incurable muy avanzado.

La mortalidad del ser humano lo sacrifica y malgasta sus energías. La muerte puede ser vista como natural, como algo natural pero no por natural se la asume y se la acepta. Parecería que la muerte está ahí para fastidiar al pobre y debilitado humano. La muerte se dice es cruel, asimismo se dice de la vida. Pero son formas de hablar. La muerte es y la vida es pero no tienen que ver con la crueldad o felicidad. La forma de vivir y la forma de morir son las que pueden ser crueles y/o felices, digamos. Pero se personaliza a la muerte y se la viste de oscuro, se la aloja en la falta de luz, puesto que la luz es símbolo de vida y entonces en la dialéctica regular, la muerte que se ve como contraparte, no complemento, de la vida tiene que ser oscura, las tinieblas y en las tinieblas habita el mal y los miedos, temores y pánicos. La muerte se la ve y se la representa, se la hace un símbolo y se la asume icónicamente en una imagen válida para hacerla desagradable, amenazante, agresiva, terrible, como si no hubiera cosas de la vida que fueran más terribles y temibles que la muerte. La muerte-icóno asimila tantas cosas que es toda una riqueza histórica de las culturas. Pero asimismo, su icóno suele arrastrar y arrostrar el vector tiempo: el icóno muerte indica que el tiempo terminó y está ahí, sádicamente para recordarnos a cada momento que somos mortales y que como dijo Jim Morrison (cantante y poeta de los años 60) “nadie sale vivo de aquí”, en una frase del modernismo popular.

El ser humano en su composición compleja, genética y adquirida, presenta una cualidad de agresividad. La agresividad parece un paralelismo de lo humano, sin embargo,

pese a que la agresividad forme parte de su especificidad especiaria a veces la practica consciente o inconscientemente y a veces la rechaza y trata de controlarla o incluso eliminarla. Dada la compleja composición del humano, la agresividad es ambivalente. Bajo ciertas condiciones la explota y llega a gozar de ser agresivo y en otras circunstancias la esquiva y se protege de ella.

Ecológicamente hablando las especies tienen distintas estrategias de sobrevivencia, así, en general se tienen dos tipos macro de estrategias: las interespecíficas y las intraespecíficas. Para sobrevivir, las especies desarrollan sus propias estrategias. La vida en el proceso evolutivo es una larga carrera por la consecución de los suministros necesarios y suficientes para sostener al organismo en condiciones de interacción con el entorno que lo contiene y, condiciona pero que a la vez es condicionado por el mismo organismo. La lucha por la sobrevivencia es una forma de diferenciación de las especies que así van integrando su nicho ecológico y simultáneamente se integran al hábitat. Tal lucha por la vida individual requiere de la competencia frente a los demás organismos y el resto de elementos y factores que conforman el ecosistema inmediato del cual es parte. Las estrategias de sobrevivencia incorporan la competencia entre los organismos: el organismo individual, sea unicelular o pluricelular, compite con los demás organismos de su propia especie (competencia intraespecífica), pero también lo hace con los organismos de otras especies (competencia interespecífica). La competencia es dura y sobreviven, como lo señalaba Darwin, los organismos más facultados, los más fuertes, cediendo su sitio los más débiles o menos facultados para la lucha, lo cual da entrada a la conocida selección natural. Dicha competencia es tan alta que incluso es a muerte, de aquí una parte de la consideración de la muerte como algo natural y como parte del ciclo hasta hoy, de la propia vida, cuando menos como la conocemos y por lo menos en nuestro planeta.

Así, la muerte es natural y es obra de vida en el continuo espacio-tiempo que en forma cíclica y más o menos periódica en una suerte de espiral ascendente sumamente apretada, iba dando lugar a toda la diversidad existente. Esto se iba dando hasta que la actividad humana y sus fuertes intervenciones sobre los ecosistemas todos, fue modificando las cosas, los equilibrios que por miles de años o millones de ellos fueron generando el

mundo que nos tocó. Ahora, con transformaciones amplias y de largo aliento la situación mundial es otra. Pero también debemos indicar que no sólo los cambios en el ecosistema global Tierra son debidos a la factura humana, el propio planeta en su devenir natural presenta cambios que aunados a los de génesis humana han resultado en la situación actual que para muchos es una de crisis y de subida amenaza no sólo contra la civilización sino contra la vida misma, por lo menos la del ser humano y la de muchas otras especies. Muchas especies han desaparecido y otras tantas están bajo ése mismo riesgo, siendo en algunos casos, un nivel muy elevado de riesgo.

En medio de la crisis ecológica-natural se da la crisis de la humanidad y ésta por lo menos en dos sentidos: la crisis de la sobrevivencia de la población humana y la crisis de la humanidad de cada ser humano, aquella parte de lo humano que habita y pervive dentro de cada uno de nosotros. Estas crisis, aparte de generar una larga lista de fenómenos socioculturales, económicos, políticos, psicológicos, biológicos, ecológicos, ambientales, crean una animadversión repotenciada hacia la muerte. Estamos en un mundo de vida (hasta hoy) pero muchas veces y cada vez más frecuentemente, nos encontramos rodeados de muerte a tal grado que la percepción de mucha gente es que la vida se ha vuelto muerte y que nuestro mundo es uno de la muerte, sobreentendiendo que quizás solamente venimos al mundo a morir. Pero lo que es más grave, es que a veces no sólo se da la percepción de la vida dirigida hacia la muerte, que no sólo venimos a morir, sino que no morimos una vez, que morimos muchas veces, una vez tras otra. Que la muerte nos está acorralando y cada situación álgida es una forma de morir. El sufrimiento hace morir múltiplemente a los humanos más debilitados y a los de mayor sensibilidad. Incluso se siente morir cuando vemos morir a alguien muy cercano y/o muy querido, o también cuando vemos una tragedia que nos envuelve aunque de por medio se encuentre una distancia física. El espíritu humano no necesariamente reconoce límites físicos ni temporales.

La muerte ocurre permanentemente, cada día y a cada momento, en este preciso momento alguien está muriendo. La violencia actual promueve la muerte constante y asimismo violenta, injusta y cruel. La paz en nuestro mundo es utópica. Prácticamente no ha habido un lapso grande de tiempo en el que el mundo se haya encontrado en paz. Las

guerras son continuadas y de todo tipo. Incluso hay quien habla de guerras justas pero creemos que no hay tales: desde nuestra visión la guerra siempre ha sido y será injusta, ya sea para unos o para otros. Hoy hay guerra sanguinaria y bárbara en varios sitios del mundo y en otros se sostienen guerras veladas o de “baja intensidad”. La pobreza y la miseria cobran la vida de mucha gente a cada día. Las enfermedades, curables o no, incrementan las cuotas de muertes cotidianas. Los accidentes, prevenibles o no, suman más muertes. Pero no se trata de plasmar el cuadro mundial de la muerte, ni de ser pesimista y catastrofista, insistimos, ya que muchas de esas muertes son naturales o más o menos naturales aunque la mano humana le esté dando una alimentación continua a la muerte. Se ha acusado ampliamente a los modelos desarrollistas-modernistas (capitalistas o no) de ser modelos no de vida sino para la muerte. Al propio posmodernismo se la ha señalado de ser precursor de la muerte e incluso de ser una filosofía de la muerte y para la muerte.

Se ve la muerte por todas partes y en todos los momentos y esto le oculta, a muchas personas, le obstruye la mirada y el entendimiento de tal modo que no se percata de que la vida sigue y prosigue, de que de un modo u otro las muertes dadas y las próximas son parte del metabolismo del ecosistema planetario donde más o menos se va dando un movimiento de equilibrio que intenta empatar a las poblaciones, de igualar los decesos con la naciencia de nuevos sujetos. Es más, el equilibrio se rompió desde hace tiempo y aunque hay numerosas muertes, el número de nacimientos es mayor al de los decesos y, por lo tanto, de ahí el incremento poblacional mundial, claro mucho más grande en el mundo de los países “pobres”, que ha llevado a las actuales condiciones que están rondando la sobrepoblación del globo. En algunos sitios las poblaciones han menguado, pero en la mayor parte de los países y más particularmente en sonados casos, la población ha crecido tremendamente, exponencialmente. Entonces, el balance final del momento es que, si bien, hay muerte en el mundo, la vida es dominante; lo cual es muy distinto de suponer que tal vida sea una de alta calidad, de hecho la vida de calidad está presente sólo para unos cuantos en todo el orbe.

Como lo dijimos, la percepción de que vivimos en la muerte es considerable, y está fundada en buena proporción por la mala calidad de vida de las mayorías humanas y por el elevado estrés ecosistémico. Se siente a la vida sumergida en la muerte. Parece que la

muerte aguardara a cada instante. La vida contiene elementos de agresión pero la muerte, en nuestro momento posmoderno es una agresión mayor para grandes grupos poblacionales. Se percibe a la muerte como la agresión mayor y se la toma como el más fuerte y peligroso de los rivales.

Bajo el debilitamiento espiritual y cognitivo de nuestros colectivos humanos, largo y sostenido, omnipresente, el sujeto común, la persona convencional no observa las características adecuadas y necesarias para enfrentar a la muerte y menos para tomarla con calma y asumirla como una razón normal y natural. El facilismo de la modernidad-posmodernidad hace que el cerebro del humano tienda a hacer menos a la muerte, que la desdeñe y asuma la vida como lo más “sagrado” y se dé a una vida ligera, lo más ligera que pueda. Vivir rápido y vivir lo mejor posible. Vivir sin pensar y vivir sin sentir. Vivir consumiendo y vivir en la comodidad. Vivir su vida y olvidar pronto. Para lograr esto recurre a fabricarse su propia realidad, puesto que la realidad imperante es elementalmente negativa y agresiva, él se hace más agresivo y no pide, sino que arrebatara, no habla sino grita, no piensa sino actúa. Antes de que lo ataquen él ataca bajo el lema de “la mejor defensa es el ataque”. O bien, cae postrado ante la irrealidad del mundo surrealista que se crea para sí mismo y se sume en una indeterminación y en el abandono de todo, se hace anónimo, ayudado por el sistema imperante y ya nada le interesa. Se da por vencido y renuncia a la vida esperando pasivamente el momento de fenecer. Una muerte irradiada y una muerte que puede reconciliarlo con su yo interno. Otros directamente se lanzan a la muerte por medio del suicidio, cada vez más recurrente. Estos fenómenos no son precisamente un reconocimiento de la muerte como destino final ni de la muerte como algo natural, más bien son explosiones de la severidad y angustia en que vive una gran parte de la humanidad: los olvidados, los perdedores, los descamisados, los subhumanos, productos en su mayoría de los modelos y filosofías existenciales de la modernidad y posmodernidad.

Este cosmos confuso, difuso, con tonos absurdos mueve a reconocer, por muchos y por mucho, como válida la operación mental de Kundera al asumir que: la vida está en otra parte. Nuestra sociedad altamente civilizada y tecnologizada y procientífica presenta

también una alta sociopatía coludida con la psicopatía de muchos de nosotros. Nuestras sociedades están enfermas al igual que nosotros mismos. La patología social, de un modo u otro, puede verse como el traslado de la alienación del sujeto que deriva a su fragmentación, el ser humano se quiebra, se divide, se separa en varios pedazos que difícilmente van a volver a yuxtaponerse mientras los factores que generan esto no cambien radicalmente.

La escisión interior del ser humano admite y alimenta la división social. La sociedad también se escinde y se da el reino del individuo en medio de las masas, el ser humano en soledad, el ser humano solitario en medio de la mayor población mundial jamás vista en la historia, la soledad forzada del solitario ser humano posmoderno que no encuentra asideros de ningún tipo. La soledad del humano en la “sociedad de la información y la comunicación” que se nutre del individualismo más negativo, el individualismo que ha vuelto nuestras sociedades en zoociedades donde el barbarismo nubla las conciencias y el hedonismo inmediateista suplanta las necesidades más primigenias y humanizadas. El individualismo ciego y aciago que bloquea las razones elementales y está terminando con la civilidad en un exceso de civilización materialista donde lo racional se volvió irracional y, el pensamiento se cerró sobre sí mismo llegándose a la cúspide del “éxito” de los diseñadores de la modernidad-posmodernidad: la asimilación de que el estado actual de las cosas es natural y de que no hay nada que hacer al respecto, de que nada se puede hacer para cambiar tal estado. Éste es el logro cumbre del modelo proyectado en la actual posmodernidad. La zoociedad posmoderna que es la sociedad del sinsentido.

Si antes ya el ser humano se planteaba una y otra vez sobre el sentido de la vida y llegaba muchas veces a encontrar un sinsentido de la existencia y veía a la muerte (con temor) como el momento final de todo, ahora, en lo posmoderno, el propio sinsentido del proyecto o modelo, del paradigma que acuña y acuna, da nueva y reforzada potencia a la percepción y actitud del sinsentido. Hoy la vida carece más de un sentido claro y la muerte viene a completar y complicar las cosas. Ante el debilitamiento de la capacidad de pensar, de analizar crítica y propositivamente, los instintos del humano se han retomado con nueva capacidad y entonces somos más instintivos y menos cerebrales. Hay un retorno hacia el ser

primitivo y surgen aquí y ahí las nuevas tribus, aquellas que se han denominado tribus urbanas y otras emergencias que vienen a sustituir, muy pobremente, a la institucionalidad de la sociedad y que difícilmente lograrán un impacto realmente trascendente.

Lo posmoderno abreva directamente y muy bien de las diferencias, pero las sociedades se construyen mejor en los pactos dados sobre las regularidades donde las diferencias son aceptadas y toleradas pero no son el eje rector articulante. Las diferencias son necesarias en un ámbito plural, pluralista y son propias al fondo revolvente sociocultural que crea y recrea la diversidad, pero la diversidad, no la dispersión. La diferencia mueve a beligerancia pero ésta puede ser controlada y conducida para energizar al propio sistema humano que no sólo se nutre de materias sino de energías, de ahí el alto valor que la sociedad tiene en la elaboración de la neguentropía, la mayor aportación histórica del ser humano al ecosistema planetario total.

Las diferencias recaladas en la posmodernidad llevan a asumir distintas posiciones respecto a la existencia. La falta de directrices, de tendencias claras, de ideas, de postulados, de liderazgos sanos, etc. han forjado un elevado desgaste sociocultural que se manifiesta en una desregulación de la vida, en una incredulidad generalizada, en la pérdida de referentes y de institucionalidades. El sujeto posmoderno no encuentra el camino a seguir, ni tan sólo a quién seguir. Dios ha perdido fortaleza y se multiplican las religiones pero éstas son menos satisfactorias en general, y se ven en una lucha entre ellas para ganar adeptos y por una parte se hacen tópicos sectarios y por otra caen en el fanatismo que nada tiene que ver con la cualidad pensante de la persona humana.

El debilitamiento de las religiones en lo particular y de las instituciones en lo más amplio son causa y efecto de la percepción de la intrascendencia de la vida, matizada por la actitud siniestra que despierta la muerte. Ahora las personas, que bajo el modelo dominante más bien son operadores del sistema, poseen una credibilidad menor, creen menos en lo que creen pero en contraparte, puesto que la inseguridad e incertidumbre en las que se desenvuelven son muy fuertes, están dispuestos a creer en muchas cosas, pueden creer casi en lo que sea y aun en contra de la evidencia más firme. Con menos elementos para realizar un análisis profundo, las personas son capaces de creer hasta en lo increíble. Así, la

necesidad histórica de creer se convalida en la posmodernidad y el ser humano se hace más dependiente todavía. Hoy, el humano no sólo necesita creer, sino que quiere creer, lo desea e imagina que si no cree en algo, muere o equivale a aceptar la muerte hasta en vida.

En la existencia surrealista de la posmodernidad, las personas son entes tipo “caja negra” (se sabe lo que entra y lo que sale pero no se sabe lo que ocurre dentro), y están ávidos por creer, por hacer a alguien su líder, por ser seducidos por algo y/o alguien. Las sociedades del momento son sociedades de creyentes, creyentes de bajo nivel de creencia pero creyentes múltiples. Llegan a hacer de la ciencia una religión y todavía son capaces de hacer del fútbol una religión y a Maradona (por ejemplo) un dios o semidios de semejante religión solamente por ser capaz de haber anotado tales y cuales goles y por anotar uno valiéndose de la mano “la mano de Dios” que quedó registrada en la historia (la de las banalidades, claro está). Asimismo en esta nueva especie de islamismo, uno mal creado, mal entendido y mal practicado, donde la religión es absoluta y lo rige todo, en nuestro posmodernismo la muerte también tiene sus adeptos y fanáticos, sus adoradores y han generado un rito religioso en el cual la muerte es santa: “La Santa Muerte”. Se le reza y se le da vida a esta especie de culto como a cualquier otra creencia de cualquier otro culto religioso. Algo que no es nada fácil de entender y menos de explicar.

La búsqueda incansable e insatisfecha de más y más creencias y de nuevas creencias también es una manifestación de lo posmoderno, es una de las manifestaciones de la negación, muy propia de la época. Negarlo todo, negar la existencia, negar las costumbres, negar los hábitos, negar las reglas, las leyes, las instituciones, negar la vida y negar la muerte. Finalmente, negarse a sí mismo y quedarse metido en una concha protectora alejados de todos y de todo. García Márquez escribía “El amor en los tiempos del cólera”, ahora difícilmente podría escribir “El amor en los tiempos posmodernos” puesto que la negación del modelo niega hasta al amor. El amor es un asunto en extinción en nuestras sociedades posmodernas dadas a la búsqueda del placer momentáneo, algo muy diferente del amor.

La negación extendida alcanza al diálogo, es entonces como el diálogo es negado. Vivimos en una sociedad sorda y enmudecida donde lo que suena y resuena son las ondas

de los televisores y demás dispositivos electrónicos de la sociedad de medios, que más bien viene siendo la sociedad de miedos, caracterizada por el alto poder e impacto de los medios masivos de (in)comunicación-(des)información, que dan vida (¿?) a la sociedad mediática en la que ya no se vive sino se telesiente, se teleparticipa y se televive, pero donde cabe pensar que igualmente se telemuere, lo que concuerda muy bien con la cibercultura del cibercapitalismo, digámoslo, la sociedad del ciberespacio y el tiempo real, la de la inteligencia artificial y, la realidad virtual que “a todos gusta” o que cuando menos gusta más que la realidad real.

Una sociedad que quiere habitar otros planetas y que busca la vida en todos lados destruyendo al mismo tiempo la que hay en nuestro mundo. La sociedad que mata aplicando la pena de muerte al que rompió los códigos establecidos para “castigo ejemplar”. La sociedad que mata a sus habitantes aplicándoles altas dosis de ignorancia acompañadas de iguales dosis de drogas y otras sustancias corruptoras así como sendas dosis de injusticia y miseria, no sólo material sino verdaderamente miseria humana. La misma sociedad que canta a las estrellas y extrae polvo de los cometas a costos asombrosos mientras miles de personas no tienen agua ni alimentos.

La cibernsiedad que ensalza el éxito económico y encubre la podredumbre humana y ambiental, que sincrónicamente alimenta nuestras mentes y almas con la ciberinformación para hacer un hecho la negación de la verdadera libertad, dándonos a cambio la ciberlibertad del ciberespacio donde “todo es posible”, matando la rebeldía y la revolución, términos que en un tiempo más, seguramente serán sustraídos de los diccionarios, incluyendo los electrónicos. Los revolucionarios han pasado a ser piezas de museo, curiosidades turísticas y la rebeldía sigue existiendo pero nadie la entiende y carece de sentido (cosa poco rara) y fuerza: todo el mundo puede ser rebelde o ciberrebelde para mayor facilidad y comodidad; pero tal rebeldía más bien puede ser adquirida en un *MALL* con alguna bonita presentación y quizás en materiales reciclados para tener contentos a los “verdes” y en cómodos pagos fijos delante de una plástica tarjeta de crédito y, llevada hasta la puerta de nuestro hogar (si es que tenemos uno y si es que tenemos una puerta). Podemos pensar que la rebeldía de hoy es la negación de la responsabilidad, en lugar de ser

responsable, que cuesta y a veces sobremanera, mejor nos declaramos en rebeldía y acudimos a la vieja iconografía, ahora disponible hasta gratuitamente en la *WEB*, para hacernos ver como rebeldes posmodernos y así, tal vez podamos ser alojados en alguna neotribu.

Lo subjetivo del ser humano, su imaginario, su potencialidad de adaptación y su capacidad de manipulación de lo que le rodea son constituyentes esenciales e insuperables para restablecer el orden y modificar las realidades actuales. La persona no debe dejar de soñar y no debe dejar de sentir y desear. La negación de la negación es necesaria. El determinismo fatalista de los modelos aplicados es una falacia y un deshumanizador. A ello enfrentamos una reconcientización del ser humano cebada en la reconciliación del ser humano consigo mismo y con el resto del planeta y universo. El fatalismo del determinismo posmodernista derivado del modernista, es todavía menos contextualizado y más dañino. El posmodernismo es una descontextualización generalizada que hace de la vida una imposibilidad sumiéndonos en una ensoñación alucinada e ilusionista que rompe las estructuras socioculturales históricas creadas a sangre y tierra, agua y fuego por toda la humanidad en sus distintas etapas. Al imposibilitar las vidas y en su pretensión de homogeneizar las sociedades y culturas mediante su proyecto globalizador, ha terminado por amordazar las existencias y hacer que las grandes mayorías humanas se encuentren, no viviendo, sino sobreviviendo.

Asimismo, al intentar unificar el todo dando al traste con la diversidad y biodiversidad, he generado una visión parcialista que entiende a la vida como el escape de la muerte. Nuestras sociedades son unas que huyen constantemente de la muerte y la vida no es una lucha por vivir sino por no morir. La posmodernidad con su falta de asideros y derroteros es una mezcla de todo y lo mezcla todo, rompe las fronteras y pierde las huellas e hitos que guiaban a la humanidad, tanto al gran grupo social completo como a la que habita en cada uno de nosotros. Ante la falta de indicadores, el ser humano se extravía, extravía la mirada y extravía el sentimiento y pensamiento. La permanente huída de la muerte no puede ser vector de avance social, por tanto, se vuelve vector de parálisis social o de decadencia social. Las nuestras son sociedades enfermas de sujetos enfermos. Se

requiere de un saneamiento profundo, vasto y en todas direcciones y sentidos. Estamos inmersos en sociedades decadentes. Así como la muerte de los organismos es algo natural e histórico-evolutivo, asimismo las socioculturas mueren también de manera natural histórica-evolutiva.

La sociedad posmoderna morirá igual que el proyecto de la modernidad murió, pese a que algunos piensen que no ha muerto, pero si no ha fallecido está muy cerca de hacerlo. Nadie mató al proyecto de la modernidad, murió de muerte por sí mismo. La insustentabilidad y su carácter contranatural lo llevaron a su propia defunción. Cubrió su ciclo vital y está ya en los anales de la historia. La posmodernidad, siendo igualmente insustentable, insostenible y antinatural tiene que llegar a su fin. Morirá en cierto momento dadas sus amplias contradicciones insuperables. Nuestro papel es primero sobrevivir a los embates del posmodernismo y segundo, coadyuvar a que su muerte sea pronta y deje el menor impacto negativo posible.

Entonces, como propone Sabato, la resistencia es necesaria. Debemos resistir y acudir a la cita histórica que nos tocó para arropar debidamente a la posmodernidad en su lienzo de muerte. Debemos elaborar cuidadosamente la mortaja del cadáver posmoderno. No quedarnos cruzados de brazos a esperar que muera, pues en el trayecto todavía puede causar peores cosas que ahora.

La lucha no es sólo por la vida y reproducción de nuestra especie, es por la vida del planeta y todas sus especies y demás sistemas integrantes. Entendiendo que la vida es un proceso de lo natural que incorpora a la muerte para auto reproducirse dejando de sentir y pensar que la muerte es enemiga de la vida.

Si la vida existe en nuestro mundo es también porque la muerte la ayuda a continuar. Se establece un cierto equilibrio vida-muerte en una especie de circuito natural.

Los humanos somos seres naturales que gozamos del fenómeno grandioso de la vida pero también, como todo organismo llegamos a la muerte. La muerte no es el fin ni la finalidad de la vida. La muerte es simiente de nueva vida. Nosotros daremos vida a las próximas generaciones y nutriremos a otros seres cuando nuestros cuerpos se reincorporen

al medio una vez cumplido nuestro tiempo vital. Nuestra muerte no es inútil, nuestra vida tampoco, somos portadores de la maravilla de la vida y a través de la muerte ayudaremos a sostener la vida en el planeta.

**Los humanos somos doblemente importantes: formamos parte de dos historias, la meramente natural y la historia humana. Nuestro paso por el mundo no es inútil y nuestra muerte no es el fin de nada sino el recomienzo de la apretada espiral que la vida es. Hacemos historia y “nacemos” historia.**

### **Bibliografía referencial:**

Fabry, J. B. 1984. La búsqueda de significado. FCE. México.

Finkienkraut, A. 1990. La derrota del pensamiento. Anagrama. Barcelona.

Frankl, V. E. 1980. Ante el vacío existencial. Herder. Barcelona.

Jameson, F. 1995. Posmodernidad, la lógica cultural del capitalismo tardío. Paidós. Barcelona.

Kundera, M. 2003. La vida está en otra parte. Seix Barral. México.

Lipovetzky, G. 1986. La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo. Anagrama. Barcelona.

Maliandi, R. 1993. Dejar la posmodernidad, la ética frente al irracionalismo actual. Almagesto. Buenos Aires.

Pérez, A. R. y a. Zerón. 1981. La muerte en el pensamiento de Albert Camus. Universidad Nacional Autónoma de México.

Sabato, E. 2006. La resistencia. Seix Barral. México.

Sempere, J. y J. Riechmann. 2000. Sociología y medio ambiente. Síntesis. Madrid.

Slater, D. 1997. Consumer, Culture and Modernity. Polity. Cambridge.

Soper, K. 1995. What is nature? Blackwell. Gran Bretaña.

Toledo, V. M. 2003. Ecología, espiritualidad y conocimiento. UIA-PNUMA. México.

Torres C., G. 1999. Sustentabilidad y compatibilidad. UACH. México.

Torres C., G. 2006. Poscivilización: guerra y ruralidad. Plaza y Valdés. México.

Touraine, A. 2006. Crítica de la modernidad. FCE. México.

Touraine, A. 2006. ¿Podremos vivir juntos? FCE. México.

**\*José David Lara González** es ingeniero civil, mexicano de nacionalidad. Tiene estudios de maestría en hidrología subterránea y, también de maestría en ciencias ambientales en el área de ambiente y recursos naturales. Actualmente es candidato a doctor en ciencias ambientales en el área de desarrollo sustentable y ambiente. Por de 25 años ha sido profesor universitario a tiempo completo en funciones de docencia e investigación. Ha trabajado en proyectos de evaluación, uso, manejo y conservación de recursos naturales con énfasis en los recursos suelo y agua y, en investigaciones en el área de la educación ambiental en donde realiza tareas de divulgación y difusión de la problemática socioambiental ampliada, en su conexión con el desarrollo y la sustentabilidad. Ha publicado artículos y ensayos en revistas nacionales e internacionales de ciencias, ciencias sociales, filosofía y de cultura.  
e-mail: [filobobos2002@yahoo.com.mx](mailto:filobobos2002@yahoo.com.mx)